

Estudiantes chilenos movilizados:

“Knocking on the Heaven’s Door”

Dr. Carlos Madariaga Araya

Médico Psiquiatra, Magister (C) en C. Soc.

Recojo de un reciente artículo de Jaime Massardo sobre el movimiento estudiantil en Le Monde Diplomatique (Chile) (1) la mención a una de las más famosas canciones de Bob Dylan a modo de título de este trabajo, “Tocando la puerta del cielo”, aprovechando su sugestivo simbolismo, que me ayuda a abrir esta reflexión desde la psicología social acerca de las movilizaciones de los estudiantes chilenos durante el año 2011. La letra de Dylan encierra la potente idea de una “línea de muerte” y una tentación escatológica (“*esa fría nube oscura está bajando...*” anticipa Dylan en su canción), una intuición de un más allá que es disputado como territorio propio por las fuerzas del bien y las fuerzas maléficas -lo arcangélico y lo demoníaco- al que se interpela, se desafía, en un acto de arrojo voluntario y consciente definido en esta conducta heroica de golpear la puerta prohibida. Acto que encierra el riesgo de llenarse de gloria o de morir en el intento. ¿Qué busca quien se atreve a golpear?, ¿qué hay detrás de la puerta? Los estudiantes han osado marchar en los límites, en la zona de riesgo, donde cohabitan las esperanzas con los fantasmas, y lo han hecho por centenares de miles. Inimaginable en la sociedad chilena pocos meses antes. ¿Qué ha sucedido aquí? Trataremos en lo que sigue de hacer algunos aportes para develar esta interrogante.

Un nuevo escenario social

Asistimos durante el año 2011 a la irrupción explosiva y determinante de un nuevo sujeto en la sociedad chilena, el movimiento estudiantil, ente colectivo que emerge produciendo un inusitado cambio de rumbo en la política, la cultura y la psicología social, haciendo pedazos el estereotipo de sujeto alienado que se le adjudicó a la juventud de la llamada “transición”. Asistimos “de repente” a una convulsión social generada por los estudiantes cuando estos, apoyados en la simpatía de la inmensa mayoría de los ciudadanos, desafían al gobierno a

producir cambios estructurales en la sociedad chilena, los que apuntan a desarticular el andamiaje ideológico y la estructura del poder económico y político del neoliberalismo. Latinobarómetro, ONG que monitorea mediante encuestas diversos procesos sociales, anota: *“El caso chileno ha sorprendido a todos; nadie vio venir lo que ha sucedido con el movimiento estudiantil...hay un aumento de la percepción de que estamos ante algo grande, lo que muchos han querido reducir.”* (2) Más allá de toda sorpresa, este acto de pisar la cola del demonio es un “de repente” engañoso pues tiene historia, tiene tras de sí un interesante proceso de maduración de una nueva conciencia social en nuestra juventud, que ha dado nacimiento a un sujeto social protagónico y con fuerza transformativa. Su demanda postula una reforma integral de la educación chilena, en todos sus niveles, reclama un sistema nacional de educación pública gratuita, pluralista, laico, de calidad y debidamente sustentado en una reforma constitucional que sancione la Educación como un derecho humano fundamental y como un bien público responsabilidad del Estado de Chile. Es decir, traza un nuevo proyecto histórico de desarrollo toda vez que sus demandas resultan inviables en el actual contexto. Se trata de un planteamiento a todas luces contra-hegemónico y anti-sistema, que lleva implícita la aspiración a convertir al movimiento en un espacio de poder social y en una herramienta del cambio.

Emerge un nuevo sujeto social, que no ha sido parido por el espontaneísmo de un estado de ánimo transitorio asociado a la indignación y a la pérdida de la paciencia. La conformación de una plataforma de lucha con las características señaladas no es puramente fruto de la psicología social, responde a desarrollos de conciencia, a procesos colectivos de resignificaciones en el campo representacional–simbólico y de desconstrucción de la realidad por parte de los estudiantes, al aprendizaje de su propio movimiento histórico (que reconoce un antecedente clave en la “revolución de los pingüinos”), al ejercicio colectivo y confluyente de elaboraciones estratégicas y programáticas, y a la formación de una Opinión Pública emergida del proceso de intercambio y transformación de diversos climas de opinión que maduraron durante estos años de adaptación pasiva al modelo neoliberal. Un ejemplo de todo esto: la CONFECH plantea la gratuidad en la educación, pero no se trata de un grito neurótico de las masas que piden lo imposible sino de una consigna que fundan en una sólida propuesta país y que demuestra su viabilidad. En efecto, su propuesta de financiamiento incluye una nueva política para la gran minería del cobre, una reforma tributaria centrada en el combate a la evasión de impuestos, una reestructuración del sistema impositivo y una reducción del gasto en defensa. (3) Los estudiantes “golpean la puerta del cielo” en su afán por acabar con el sistema neoliberal y se proponen exorcizar la sociedad chilena de todas esas fuerzas invisibles que la dominan. En sus carteles nos dicen: “Ya no tenemos miedo”.

Y como lo que se proponen sobrepasa inevitablemente las fronteras de sus demandas sectoriales, su movimiento estremece los ambientes sociales y los desafía a un posicionamiento. Por una parte, la ciudadanía, la sociedad civil, identificada con sus justas reivindicaciones porque son las propias y porque remueven la larga lista de insatisfacciones -como la salud o la seguridad social- que le genera un modelo inequitativo e injusto como el imperante, no sólo solidariza sino que se hace parte del movimiento, un sector de ella desde la simpatía contemplativa y otro desde su incorporación activa. Asistimos, entonces, a una irradiación de los procesos de conciencia y de las nuevas lecturas de la realidad desde los estudiantes hacia otros sectores de la sociedad que empiezan a establecer a nivel cognitivo una conexión causal más compleja entre sus condiciones concretas de existencia y los fundamentos macrosistémicos. Ensanchamiento potencial del movimiento que genera, por otra parte, la fantasía en los sectores que representan al neoliberalismo de que aquí la cuestión puede no ser solamente unos inocentes golpecitos a la puerta del cielo sino que ésta bien podría ser echada abajo a patadas. La reacción desde el poder está orientada al salvataje del sistema, utilizando una versión moderna de la represión consistente en ofrecer propuestas gatopardistas al estilo del Gran Acuerdo Nacional por la Educación (GANE), con el cual se pretende activar el perverso mecanismo del pseudo consenso social, al mismo tiempo que mediante la aplicación de la represión violenta contra el movimiento, tanto desde la acción de la fuerza pública como desde el terrorismo simbólico, especialmente a través del poder mediático, que intenta demonizar las movilizaciones y a sus dirigentes (caso de Camila Vallejo).

Los jóvenes durante la transición

Se ha señalado que la juventud ha despertado de un letargo, algo así como un retorno desde el limbo hacia el protagonismo histórico, un viaje sin escalas desde el “no estoy ni ahí” hacia una militancia radical y universal con los cambios sociales. Lo cierto es que esta aseveración es un simplismo que no toma en consideración la heterogeneidad de procesos psicosociales, culturales, políticos e ideológicos que han cursado en ese período transicional a nivel de los jóvenes chilenos, los que dan cuenta con esta diversidad que ni entonces ni nunca la juventud ha sido un espacio generacional estanco, uniforme, único ni indiferenciado. Martín-Baró, desde la psicología política, en los años 80, ya nos señalaba el error conceptual y reduccionista de pretender uniformar bajo una psicología social peculiar al conjunto de las relaciones sociales. Por el contrario, constituye un desafío de las ciencias sociales el hacer las identificaciones particulares de dicha psicología en los diversos segmentos sociales, sean ellos clases o fracciones de clase, grupos culturales, etnias o diversidades

generacionales y de género. Cada grupo o colectivo humano, en acuerdo a sus condiciones particulares de existencia y de pertenencia, desarrolla unas determinadas formas de comprensión de la realidad en la que está inserto, a las que les corresponden también formas propias de praxis social. De esta manera “la juventud” deviene en “las juventudes”, con sus encuentros y desencuentros, con sus convergencias y divergencias. Habrá que considerar, entonces, no una sino la pluralidad de expresiones psicosociales, políticas e ideológicas que dan identidad cultural y configuran subjetividades particulares en los diversos grupos de jóvenes.

Desde un punto de vista de la psicología social sectores importantes de la juventud chilena fueron influenciados por ciertas formas hegemónicas de la configuración de sentido en el período inmediatamente posterior a la dictadura, etapa dominada por el triunfalismo y la omnipotencia, cuyo sustrato fue la cooptación en los diferentes frentes culturales, académicos y mediáticos de intelectuales concertacionistas que armaron los principales relatos del período, desde sus nuevas posiciones de poder pero tomando una progresiva distancia del mundo social. Massardo señala que esta elite se pensó a sí misma como los “nuevos productores de sentido”. Esta nueva capa social de teóricos e ideólogos de la transición elaboró en forma acrítica y autocomplaciente una nueva concepción de la subjetividad basada en un modelo de principios y valores *sine materia* (es decir, esterilizados respecto de las dinámicas socio-históricas concretas), en un progresismo inerte y no participativo, en la contemplación ciudadana pasiva de la retórica y la acción de sus representantes (los intelectuales cooptados) en quienes el sujeto colectivo delegó la producción simbólica y las praxis. Nos detenemos en este fenómeno en particular pues nos interesa analizar un segmento específico del sujeto juvenil, el estudiantado universitario, sobre el cual la influencia de estos nuevos productores de sujeto fue más directa que sobre jóvenes obreros, poblacionales, funcionarios públicos, campesinos o miembros de los pueblos originarios. El sujeto producido en los laboratorios cupulares de esta elite se caracterizó por una adscripción formal a la democracia y los derechos humanos, con algunas expresiones críticas e incluso confrontacionales, pero bien reguladas por la gobernabilidad del sistema; una condición “light” de progresismo intelectual y cultural y/o una “rebeldía adaptativa”, al decir del sociólogo A. Mayol (4), meta exitosa para la continuidad de la modernización neoliberal del país de la que se hizo cargo la transición, con eufemismos pero eficientemente. Tanto el “demócrata de salón” como el “rebelde adaptado” fueron un óptimo arquetipo del sujeto necesario para los propósitos de dominación que el capitalismo salvaje exigía, haciendo de ambos un reflejo en la psicología social de las condiciones históricas, de las relaciones sociales.

Agreguemos otra vertiente de la conformación del sujeto juvenil del post pinochetismo: el terrorismo de Estado del período de la dictadura militar, la impunidad para los crímenes de lesa humanidad y el daño transgeneracional. Está suficientemente documentado el impacto psicosocial del trauma de las dictaduras militares en las formas de subjetividad a partir de un prolijo seguimiento de fenómenos como el miedo, los duelos patológicos, el silenciamiento, las secuelas biopsicosociales del daño, etc. En reciente estudio realizado por CINTRAS en conjunto con otros equipos del Cono Sur (5) se pudo establecer una caracterización del daño transgeneracional en jóvenes hijos y nietos de personas torturadas y que nacieron después de la dictadura, focalizando el análisis de su impacto a nivel de los procesos identitarios de la adolescencia. Demostramos la existencia de mecanismos intrapsíquicos y relacionales que interfieren las etapas de crisis y resolución de la misma produciendo formas riesgosas o francamente patológicas de funcionamiento social en el adolescente, lo que prueba la vigencia de la carga traumática familiar en el presente de la juventud chilena. Compartimos con Scapuccio el planteamiento que este daño transgeneracional no se explica puramente a partir del interjuego del material psíquico sino que involucra todos los sistemas de significación, tanto previos como contemporáneos al terrorismo de Estado. Esto es así porque este daño en particular alude a un conjunto de procedimientos de afectación de la persona humana con vistas a “interferir su potencial productor de lo individual y lo social”. Es decir, la evidencia de lo tanático, de los fenómenos de cripta, del secreto patógeno, etc., en una generación que nació en un tiempo histórico posterior se enlaza causalmente con el contexto socio-histórico pasado y presente (pasado terrorista/presente impune; pasado dictadura militar/presente democracia frustrada). Arribamos a lo que el mismo autor llama “modelos personológicos” de alcance arquetípico respecto de su funcionalidad para los sistemas de dominación y control social, ideales humanos apropiados para la defensa del *status quo*. Recordemos que una gran cantidad de los jóvenes universitarios de la transición nacieron después de la dictadura, están exentos, por tanto, de las vivencias colectivas de la generación anterior pero no así de la herencia traumática. Ello explica que también “*han sido objeto de estrategias de dominación desde los procesos de subjetivación y semiotización (...en curso, que se manifiestan...) al modo de sistemas maquínicos de distinto tipo, que ya no son inmediatamente antropológicos, son de naturaleza infrahumana, infrapsíquica; se trata de sistemas de inhibición (...del ser personal...), de automatismos incorporados por el funcionamiento maquínico de la sociedad*”. (6)

Por otra parte, el neoliberalismo sobrepasa la idea de un modelo económico pues configura un sistema global de vida, por lo que aportó en ese período con material propio a la construcción de subjetividad a partir de las dinámicas que ha

impuesto el peculiar desenvolvimiento del mercado, que se basa en formas extremas de explotación y acumulación de ganancias. Un conjunto de contravalores le han sido imprescindibles para sustentar una impunidad total respecto de las violaciones a los derechos económicos, sociales, culturales y medioambientales -a las que recurre por una necesidad estructural del sistema- mediante la alienación de la conciencia social y de la participación ciudadana: el consumismo, el endeudamiento irracional, el apoliticismo, el exitismo, la desolidarización de la comunidad en el espacio intersubjetivo, el encapsulamiento de lo público en el ámbito de lo privado, etc. Estas características del sujeto emergente de la transición terminaron por influir transversalmente en los ciudadanos para dejarlos instalados en una suerte de “observatorio” de lo social en cuyo interior toda crítica, indignación o propuesta está destinada al vacío. La juventud estudiantil no estuvo ajena a estas influencias sistémicas, no pudo ser de otra forma dado su rol como parte constitutiva de un modelo de educación basado en el concepto de universidad/colegio – empresa, prisionero también del productivismo económico, la competencia individualista y la fantasía del éxito social. Al respecto Miguel Rojas Mix señala: *“Un diputado chileno, Ibañez, hablaba de ‘industria universitaria’, ¡No! Los estudiantes son todo menos clientes, y la universidad es muchas cosas, pero no una industria, aunque en eso haya tratado de convertirla el proyecto neoliberal, permeándola con valores que no le son propios”*, por ejemplo, el de la rentabilidad. (7)

Año 2011: ¿Por qué ahora la emergencia de un nuevo sujeto?

Un nuevo sujeto juvenil hace su aparición en ese año, con sus movilizaciones multitudinarias tras una demanda de corte “cataclísmico” para el neoliberalismo: educación pública gratuita y de calidad, garantizada constitucionalmente. Ni más ni menos que un retorno al rol central del Estado en las políticas públicas, sacrilegio en contra de los mandatos del FMI y de la Banca Mundial, quienes ordenaron *urbi et orbi* el sacrificio final de la gran bestia. Tamaña osadía no se explica sino a partir de la construcción de una cierta subjetividad colectiva que es capaz de comprender en niveles superlativos las determinantes sociales que están a la base de la crisis educacional chilena, de levantar una propuesta alternativa y, para colmo, logra organizarse con audacia y dar batalla para modificar los procesos históricos. Sin embargo, pretender explicarnos este fenómeno puramente desde las teorías de la subjetividad social nos arriesga a caer en una suerte de culturalismo que reduce la comprensión del mismo a procesos que ocurren sólo en el ámbito particular de la cultura; postulamos que este sujeto, este “ser cultural” está movilizado en su proceso transformativo desde condiciones objetivas que ocurren en la formación social neoliberal y que dan

cuenta de las formas concretas de vida que ahora el movimiento estudiantil rechaza y pretende cambiar radicalmente.

Mayol señala que estamos ante un debate de alcance histórico que no se había producido hasta ahora y que acontece en el momento en que asume un gobierno del empresariado, que se sustenta en un “ideal de multiplicación”, que presupone que los chilenos “queríamos ser ricos”. Sus ministros empresarios imponen la exigencia de la integración económica al mismo tiempo que desechan la integración normativa, cultural y política abriendo con ello paso al malestar social, a la caída de la legitimidad de las instituciones, a la desconfianza mutua. (4) Parafraseando a Bourdieu, se profundiza con el nuevo gobierno un fenómeno entronizado por la dictadura y consolidado durante la transición cual es la derrota de los “ministerios de izquierda” (educación, trabajo, salud, vivienda, seguridad social) a manos de los “ministerios de derecha” (hacienda, economía), derrota que puso de rodillas las políticas públicas. Massardo, por otra parte, postula la naturalización, a nivel del sentido común, en amplios sectores ciudadanos de procesos sociales -y sus correspondientes premisas ideológicas- como la educación pagada, la salud privatizada, la brutal concentración de la propiedad y del ingreso, fenómeno psicosocial que introduce la complejidad de reflejar en la conciencia espontánea de la gente como “antinatural” cualquier llamado a modificar ese estado de cosas.

Un grupo de historiadores chilenos se planteó públicamente respecto del movimiento estudiantil con un manifiesto que titularon “Revolución anti-neoliberal social/estudiantil en Chile” (8), documento que sirve para reafirmar el hecho que desde ciertas lecturas del proceso se rescata la profundidad del fenómeno en curso. El título sugiere dos ideas clave: la de un cambio cualitativo de la situación y la de una confluencia social más allá de los estudiantes tras este objetivo transformativo. Denuncia un modelo que se funda en la desigualdad, en la mercantilización de todos los factores y en la consiguiente capacidad de compra de cada cual como clave ordenadora de las relaciones sociales y del pacto social. Visualiza a la comunidad en tanto “deudores” del sistema global, gracias a lo cual le resulta viable identificarse con estos otros “deudores” que son los estudiantes y, por lo tanto, con su lucha, lo que ha permitido transformar al movimiento estudiantil en movimiento social. Este último habría logrado descongelar los miedos y aglutinar discursos y prácticas fragmentarias haciendo posible con ello la visualización del “sistema de derechos ciudadanos”, principio irrenunciable de la modernidad. Los historiadores, convencidos de la potencia del movimiento, ven aquí una oportunidad para refundar el pacto social a través de la transformación estructural de la sociedad y de la superación de las formas representativas, propias de la premisa moderna, por formas de democracia participativa, directa y

descentralizada. De esta irradiación “contaminante” del movimiento estudiantil hacia otros estamentos sociales da cuenta otro interesante documento del Consejo de Rectores del Grupo Montevideo, que señala que *“la educación superior pública es incompatible con visiones mercantilistas que ponen al lucro como objetivo legítimo en el ámbito de la educación”*; que la privatización del conocimiento *“amplía la exclusión social, fomenta la desigualdad y consolida el subdesarrollo”*; que la educación superior debe ser *“un instrumento al servicio de la profundización de la democracia”*. (9) En la misma dirección un documento evacuado por un grupo de 43 parlamentarios, titulado *“La propuesta educacional que Chile reclama”*, postula una reforma constitucional para *“establecer el derecho a la educación a cada persona”* y para *“establecer la obligatoriedad del Estado de proveer educación gratuita, laica y de calidad”*; reclama más recursos para la educación pública, acceso equitativo, democratización, equidad y calidad en la educación básica y media, reforma tributaria, etc. (10)

Lo anterior configura una convergencia notable de pareceres y de voluntades, mucho más allá de los estudiantes, que bien puede dar paso a una nueva calidad en las alianzas sociales y políticas, lo que torna realista y, por tanto, posible una nueva edición del pacto social moderno al interior de la sociedad chilena. Una condición subjetiva nueva que pretende hacerse cargo de la trágica deuda social generada por el neoliberalismo: una constitución pinochetista; un sistema binominal que perpetúa las representaciones hegemónicas; leyes laborales a medida del gran capital; concentración extrema de la riqueza social; exclusión social de la minorías; depredación de las riquezas naturales; destrucción de diversos ecosistemas; desregulación de la actividad empresarial; privatizaciones; etc. En el documento *“Chile al desnudo – Latinobarómetro 2011”* se señala lo siguiente: *“El movimiento estudiantil ha puesto en jaque la imagen que había sobre Chile en el sentido que su manejo macro económico magistral podía traer paz solo con aquello. Las reformas efectuadas, las políticas sociales, no han podido cambiar el lugar de cada cual en la sociedad, si bien ha habido una buena cantidad de movilización social, en términos relativos la velocidad de avance de cada cual en la sociedad es una nueva fuente de desigualdad”*. (2) Emerge el ideal de un nuevo ciudadano, la superación del “ciudadano-consumidor” y del “ciudadano-deudor”; un ciudadano libre, que retorne al espacio público dando cuenta de una subjetividad que lo reinstale en el protagonismo social. Los estudiantes han puesto a la vista del mundo social la factibilidad del cambio y han interpelado al resto de los actores a sumarse a ello agregando sus propias narrativas y demandas. Han logrado, primeramente, una unidad interna de carácter estratégico que les ha permitido procesar hasta ahora sin quiebres graves las inevitables y legítimas diferencias políticas e ideológicas; se fortalecen desde sus propuestas programáticas y se enriquecen desde la participación y la

movilización multiforme. Han dado origen a un nuevo sujeto social juvenil chileno, que marca el fin de la aceptación alienada y congraciativa de políticas públicas injustas.

Caracterización del nuevo sujeto juvenil

El nuevo sujeto ha dejado atrás tanto al “contemplativo” como al “rebelde adaptativo” de la etapa anterior. Se sustenta en la capacidad de construir un colectivo social. Entendemos por colectivo a un grupo social que comparte una condición de existencia, que está premunido de una plataforma base de convergencia en sus intereses particulares, que conlleva en sus aspectos más generales ciertas narrativas que pasan a operar como fundantes de sus prácticas sociales y que desarrolla, a partir de éstas, lazos visibles de pertenencia e identidad de grupo. La primera característica del nuevo sujeto es, entonces, el desarrollo de un pensamiento crítico y al mismo tiempo propositivo, que se comparte socialmente en su diversidad interna, permitiendo dar curso a formas del discurso público estudiantil y a formas de organización que resultan eficaces al momento de materializar sus propósitos en la sociedad, gracias a lo cual ha transformado el malestar subjetivo en acción política. Un dirigente de la enseñanza media, Gabriel Iturra, ha señalado recientemente en *Le Monde Diplomatique* (Chile): *“No somos ‘indignados’, esto no es una mera pataleta que le da a un niño que reclama ‘esto está mal, estoy indignado!’...ya pasamos esa etapa hace mucho, pasamos de la indignación a la organización y de la organización a la acción directa...Esta generación es la generación de las ideas, de las nuevas formas de intervención directa y, claro, una nueva generación en la política chilena, con una propuesta clara y efectiva”*. (11) El dirigente se preocupa por marcar una diferencia entre la acción pública movilizadora desde los estados de ánimo (desde la psicología social) y la acción con base, además, en procesos de conciencia y en meta-relatos acerca de la realidad, que han sido generados con pensamiento propio (desde la conciencia social y teórica); por esta razón se desmarca de la experiencia de los “indignados” de Europa.

Este sujeto nuevo se hace cargo del malestar reinante en la cultura y en su propio territorio referencial, lo convierte en acción política y ambiciona Poder. Se articula y moviliza a través de todo el país. Los estudiantes de hoy, hemos dicho, nacieron después del año 1990, son post Pinochet, no vivieron en carne propia los estragos directos del terrorismo de Estado, el miedo, el castigo de los cuerpos, las formas más atroces de la biopolítica, aunque sí son herederos del trauma psicosocial. Esta mediatización de la carga traumática por las distancias generacionales e históricas en los jóvenes actuales los ha protegido parcialmente de la violencia que implica el daño directo, lo que les ha favorecido para el despliegue de formas nuevas y más creativas de hacer política, en las que

incluyen junto a las prácticas tradicionales del movimiento estudiantil el recurso del arte, de la estética, la alegría, lo multicolor, la murga, las expresiones humanitarias solidarias, los debates públicos con nuevos lenguajes y códigos, etc., con los que han cautivado a la ciudadanía facilitando la inclusión de padres, niños pequeños, ancianos y representantes de los movimientos sociales y de las organizaciones de trabajadores en sus actividades. Lo novedoso se torna mediático y ocupa espacios inéditos en el campo comunicacional masivo, que es el escenario donde desfila y se define la política, lo cual prueba la capacidad del movimiento para generar Poder. La lucha se transforma así en producción de cultura, de una cultura que se propone, como han señalado los historiadores en su documento, la superación no solo de la cultura del terror, propia de la dictadura, sino también la cultura de los llamados “consensos”, propia de la transición. Respecto de los consensos, los estudiantes aprendieron que una forma de hacer política desde el poder es el traspaso de los análisis y de las propuestas al parlamento, a comisiones técnicas, a grupos de políticos, a mesas de diálogo, ya que trae asociado automáticamente la salida del escenario y la invisibilización de los principales actores, los ciudadanos. La nueva forma de la protesta social, como proceso ascendente y confluyente, tiene precedentes históricos recientes, como las protestas de los años 80 cuyo papel en la caída de Pinochet es indiscutible; aquella experiencia de movilización ciudadana está inscrita a modo de memoria histórica en el campo representacional/simbólico de las prácticas de masas como ejemplo de cómo lo contra-hegemónico deviene hegemónico. El movimiento, como bien señalan los historiadores, *“busca la relación con la institucionalidad desde la calle, evitando la negociación institucional desde el interior de los recintos gobernantes”* en un esfuerzo por integrar al proceso actual las lecciones de la “revolución de los pingüinos”; en vez de consensos cupulares a nivel de la mal llamada “clase política”, transparencia en los debates, paredes de cristal, “política en la calle”, representación horizontal de los interlocutores, rechazo a los formalismos y la burocracia, consultas con sus bases. Tácticas asociadas a la necesidad de dar protección al poder que han logrado, poder que se basa en la construcción de un territorio propio, habitado por multitudes, diverso, ciudadano. Los estudiantes defienden, en última instancia, el escenario teatral creado por ellos mismos, de libre acceso a todos los actores, donde cada uno puede representar su propio *script* y jugar su rol. Nada puede suceder fuera de este escenario.

Los estudiantes han demostrado que son un actor social que no tiene miedo o, al menos, que procesa colectivamente las manifestaciones epifenoménicas de este sentimiento de temor heredado de la dictadura militar (nos referimos a la indiferencia social, el aislamiento, la despolitización, el individualismo con los que se encubre inconscientemente el miedo). El colectivo una vez más deviene espacio sanador y reparador del sujeto en la medida que hace de la función

práctica y de la construcción de pertenencia de grupo un laboratorio productor de nuevos sentidos también para las narrativas e historias personales. Sin embargo, los estudiantes no han estado libres de nuevos eventos traumáticos; hemos señalado al inicio que al gobierno de los empresarios no le ha sido indiferente el “*knocking on the heaven’s door*” y ha reaccionado violentamente con la represión directa. Por una parte, hace uso del recurso de la guerra psicológica, al igual que en tiempos de dictadura, estigmatizando las movilizaciones mediante el expediente de transformarlas en problema de orden público y de la publicitación mediática de los enfrentamientos callejeros, repetidos hasta la saciedad por todos los canales de TV, la radio y la prensa escrita, sin excepción, en una colusión terrorista simbólica *de facto*, a gran escala. Por otra, reprime físicamente, detiene masivamente, tortura, espía, provoca, obstaculiza la libertad de expresión, impulsa el anticomunismo. El gobierno disfraza con la campaña anti-delincuencia (instrumentalizando las crecientes tasas de delitos comunes) el despliegue de una extensa y sofisticada red de control social mediante el seguimiento ciudadano, el monitoreo visual del espacio público, el elevado gasto en la modernización del instrumental represivo, todo ello legitimado desde lo que se ha denominado Doctrina de Seguridad Ciudadana. El gobierno aspira a poner al servicio de la sumisión ciudadana el efecto retraumatizante de estas políticas represivas, utilizando el miedo para inhibir las movilizaciones pero también para introducir cuñas divisionistas y de rechazo al mismo. Gabriel Iturra acota: “*El nivel de acumulación de fuerzas que se logró en esta coyuntura es algo que llega a asustar a todos los grandes empresarios en Chile*”; esta frase, fuera de poner en evidencia la auto-conciencia plena de la potencialidad que tiene la fuerza social creada por los estudiantes, da cuenta también de cómo los intereses amenazados del gran capital están activando el esfuerzo por anular el movimiento por todos los medios posibles.

¿Hacia dónde va el movimiento?

La puerta del cielo ya ha sido golpeada pero no se ha abierto. Seguimos suspendidos en tierra de nadie, a medio camino entre el cielo y los primeros círculos del averno. Las fuerzas maléficas e infraterrenas se parapetan en los extramuros, hasta ahora victoriosas. ¿Qué hacer? Un camino es seguir construyendo la confluencia social y avanzar en la acumulación de fuerzas; eso se escucha de los dirigentes estudiantiles y anuncian convocatorias al diálogo a diversos estamentos de la sociedad civil para articular este nuevo pacto social donde tengan cabida todas las demandas. Lo contra-hegemónico debe madurar este año 2012 hacia lo hegemónico, a partir de la profundización de lo que Gramsci llama la “guerra de posiciones”. Los estudiantes disponen ahora de un sujeto mejor entrenado en el protagonismo social, en la discusión política, auto-

reconocido en su propia expresión cultural. Pareciera que el estado de ánimo dominante es optimista, alegre y dispuesto a nuevas batallas y que el desgaste esperado no ha sido sustantivo; con orgullo rescatan los sacrificios que estuvieron asociados a la larga jornada de movilizaciones del año anterior: huelgas de hambre, toma prolongada de colegios y universidades, pérdida del año de estudios para muchos, costos familiares y económicos, expulsiones, represión violenta, las heridas de los cuerpos. Cuestiones que en otro tiempo habrían podido derrumbar el movimiento pero que hoy lo fortalecen. Se ha logrado algo así como un equilibrio entre, por una parte, una psicología social sana, estable y con mucho material proteiforme en el psiquismo colectivo y, por otra, un meta-relato sólido que da cuenta de un nivel superior de su conciencia social; confluencia que favorece la producción de un salto cualitativo en la construcción de un sujeto social juvenil apropiado para cumplir la tarea de auto-liberación, de proyección ciudadana en el interjuego de lo público y lo privado.

Un próximo momento necesario será la confluencia programática con los demás sectores de la sociedad afectados por el neoliberalismo: los pueblos originarios, los trabajadores, los jubilados, los ecologistas, las diversidades sexuales, los movimientos de género, los deudores hipotecarios, etc. Este es el espectro social al que las organizaciones estudiantiles convocan a la unidad en sus recientes documentos. Movimientos sociales y partidos políticos progresistas forjando alianzas sociales de nuevo tipo, horizontales y tolerantes, diversas y al mismo tiempo unidas en objetivos comunes y en una postura anti-neoliberal. La irrupción de las redes sociales y la posibilidad que ellas ofrecen de mejorar las comunicaciones de las masas ciudadanas facilitará su posicionamiento en el escenario público, multiplicando por miles los actores que entran a la discusión general de los grandes temas en desarrollo, cuestión que ya ha quedado probada durante el año anterior. El acuerdo programático adquiere ahora una importancia decisiva para la ampliación del sujeto social que propicia los cambios estructurales; el movimiento estudiantil no hizo más que despertar de su letargo la conciencia crítica de la sociedad chilena, ahora falta despertar su capacidad de lucha y su voluntad de poder, valores que están por cierto inscritos en una tradición histórica de nuestro pueblo en proyectos sociales y políticos que han sido capitales para el desarrollo de nuestra modernidad. De esto depende que esta nueva etapa de la historia sea escrita a futuro como poema épico y no como tragedia, que este “knocking on the heaven’s door” no termine abriendo las puertas del infierno.

Citas Bibliográficas

- (1) Massardo, J. “A propósito de la significación del movimiento estudiantil”. En: Le Monde Diplomatique (Chile). Nº 124–2011.
- (2) Latinobarómetro. “Chile al desnudo – Latinobarómetro 2011. Docto. de Síntesis 2010–2011.” Internet. 2011.
- (3) CONFECH. “Bases técnicas para un sistema gratuito de educación”. 2011.
- (4) Mayol, A. “Conferencia acerca del movimiento estudiantil”. ENADE. 2011.
- (5) CINTRAS, SERSOC, EATIP, Grupo Tortura Nunca Más-Río Janeiro. “Daño Transgeneracional: Consecuencias de la Represión Política en el Cono Sur”. 2009.
- (6) Scapuccio, M. “Daño Transgeneracional, un Concepto Polisémico. Problematicación”. En: Jornada Nacional de Capacitación Equipos PRAIS. XI-2011. Registro de audio. 2011.
- (7) Rojas Mix, M. “¿Estudiantes o clientes? El Neoliberalismo y la Educación Superior”. En: Le Monde Diplomatique (Chile). Nº 125–2011.
- (8) Manifiesto de los Historiadores Chilenos. “Revolución anti-neoliberal social/estudiantil en Chile”. VIII-2011.
- (9) Declaración del Consejo de Rectores de la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (AUGM). VII-2011.
- (10) Grupo de Parlamentarios. “La propuesta Educacional que Chile Reclama”. VII-2011.
- (11) Iturra, G. “Cómo se forja una generación de nuevos revolucionarios”. En: En: Le Monde Diplomatique (Chile). Nº 125–2011.